

# Rasgos fundamentales de la espiritualidad ignaciana

---

*(“Colaboradores con los laicos en la misión”, CPAL, pags. 37-38)*

Después del recorrido que hemos hecho desde el mes de Agosto, ha llegado el momento de adentrarnos en el terreno explícito de la espiritualidad ignaciana. ¿Qué puede —si es que puede— ofrecernos la espiritualidad ignaciana para vivir nuestro compromiso cristiano en estos momentos difíciles por los que estamos atravesando, tanto a nivel histórico-planetario, como a nivel de Iglesia? ¿Cómo vivir conjuntamente, bebiendo de este pozo de la espiritualidad ignaciana, cada uno y cada una desde su vocación específica, nuestro compromiso cristiano?

## **1.- La espiritualidad de los laicos<sup>1</sup>**

El laico es el cristiano sin añadiduras, sin más adjetivos que su pertenencia a Cristo por el bautismo. Y, partiendo de este fundamento, no existiría una espiritualidad propia de los “laicos”, ya que están llamados simplemente a vivir la vida “en Cristo” y “en el Espíritu” como todos los cristianos. Su espiritualidad no sería sino la misma de la vida cristiana. El bautizado, incorporado a Cristo y ungido por el Espíritu, participa de las ri-

---

<sup>1</sup> En este apartado voy a tomar como referencia algunas ideas que expone la teóloga brasileña María Clara Bingemer. “*Venir en perfección en cualquier estado o vida*”. *La espiritualidad ignaciana al alcance de los laicos y laicas*. Revista de Espiritualidad Ignaciana, nº 86, XXVIII, III/1997, Roma.

quezas y responsabilidades que su bautismo le da. Por eso, no es menos "consagrado" que otros. El fundamento de la vida de todo cristiano continúa siendo la consagración bautismal, y de allí nace su vida espiritual.

Hoy más que antes, el cristiano —ya sea clérigo, religioso o laico— está llamado a vivir su fe en Dios y el seguimiento de Jesucristo, que de manera radical lo inserta cada vez más en el mundo. Es en medio de este mundo donde el cristiano —laico, religioso o sacerdote— está llamado a vivir lo que se llama la *experiencia de Dios*, a descubrir el hecho tan grande y al mismo tiempo tan simple de que Dios es un Dios que se revela y, más que todo, que se deja experimentar.

A esta experiencia de Dios, fruto del don pleno y radical del mismo Dios, sólo puede suceder, por parte del cristiano, la oblación total y radical de la vida, bien único y el más precioso, en un culto espiritual agradable a Dios. A la entrega divina total solamente puede corresponder una respuesta y una entrega igualmente totales por parte del ser humano. Por lo que se refiere a esta exigencia, no existe distinción de categorías, segmentos o niveles de pertenencia dentro del Pueblo de Dios. Ofrecerse entera y totalmente, "*ofrecer su cuerpo como hostia viva, santa, inmaculada y agradable a Dios*" (cf. Rom. 12, 1) es el culto espiritual de todo y cualquier cristiano, cualquiera que sea su pertenencia a cualquier estamento de la organización eclesial. Todo esto podría ser resumido muy bien con esta frase de un jesuita brasileño, P. Leonel Franca: "*Con lo absoluto no se regatea. Quien no da todo no ha dado nada. Todo sacrificio tiene que ser holocausto*".

El punto está cómo este deseo y esta entrega, hechos en su totalidad, se configuran en la vida de cada uno. Según su género de vida o donde esté colocado, el cristiano deberá vivir la oblación de su vida con énfasis, relevancias y tendencias diferentes.

Y este es el gran reto: ¿cómo ir configurando, en el día a día, este deseo y esta entrega? Necesitamos una pedagogía, una mistagogía. Necesitamos "pedagogos", "mistagogos" que

nos sensibilicen, motiven, nos orienten, nos encaminen. En una palabra, necesitamos un camino espiritual que nos lo muestre alguien que lo ha pateado y trillado, y que nos da la garantía de encaminarnos a la entrega total de nuestra vida al Dios “vivo y verdadero”. Nuestro gran pedagogo es Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios. No hay otro lugar de acceso a Dios Quién es Dios, cómo es Dios, qué quiere Dios lo sabemos por Jesús de Nazaret. Esta es la referencia fundamental a la que tenemos que estar mirando continuamente.

## **2.- Espiritualidad ignaciana**

Pero ha habido en la historia de la humanidad, y en concreto de la Iglesia, hombres y mujeres que, de una manera privilegiada, han sabido vivir y traducir con su testimonio la oferta de Jesús de Nazaret en las circunstancias concretas de su historia. Uno de ellos es Ignacio de Loyola. Y lo importante para nosotros es que, no sólo Ignacio lo vivió y realizó personalmente, sino que su experiencia la supo “socializar”, de tal manera que un puñado de compañeros se unieron a él y la experiencia de Ignacio la convirtieron en eje e inspiración de su propia experiencia. Y no sólo eso, sino que además esa experiencia “madre” de Ignacio se convirtió en lo que se llama “carisma” de la Compañía de Jesús, prolongación histórica de la experiencia de Ignacio en un cuerpo institucional-apostólico. La genialidad de Ignacio es que su carisma personal, su modo de vivir a Jesús (eso significa “carisma”: la manera de captar y vivir el evangelio de Jesús), lo hizo método (en los Ejercicios), y por eso, lo pudo difundir. Y esta es la causa por la cual, este carisma sólo puede comprenderse en profundidad, después de haber hecho la experiencia de los Ejercicios. De esta manera, hoy día, todavía, podemos seguir bebiendo de ese pozo de la espiritualidad ignaciana.

Y aquí es donde surgen preguntas inquietantes y retantes. ¿No será que ese carisma ha estado secuestrado durante siglos? ¿No será que ha sido algo de pertenencia exclusiva de los jesuitas? ¿No será que la Compañía de Jesús, por muchas razones históricas, prácticamente se ha adueñado de toda

la espiritualidad ignaciana, de toda la ignacianidad? Es verdad que desde muy tempranamente había instituido las Congregaciones Marianas (agrupaciones estudiantiles que emanaban de la experiencia de los Ejercicios en donde se unían virtud, ciencia y servicio) y que compartían su carisma, pero no eran considerados, finalmente, como auténticamente ignacianos.

Hoy día, gracias a Dios, se ha estado llegando a la conclusión de que el carisma ignaciano no se agota en la Compañía de Jesús. Y se ha llegado a la formulación, para algunos quizás atrevida, de que "la espiritualidad ignaciana, es laical". Es el título de un folleto publicado en la Universidad Rafael Landívar de Guatemala, escrito por el P. Carlos Rafael Cabañrús, sj, y de donde extraigo algunas de las ideas expuestas en este apartado. Vamos a desarrollar más ampliamente esta afirmación.

Ignacio de Loyola, cuando experimentó todas aquellas vivencias que luego plasmó en los Ejercicios Espirituales, y finalmente marcaron el modo en la Compañía de Jesús, era un laico. Ignacio de Loyola era laico cuando inició su proceso de conversión en Loyola y empieza a reconocer la existencia de diversos espíritus. Era laico cuando vivió la intensa experiencia de Manresa. Era laico cuando experimentó y escribió los Ejercicios Espirituales. Era laico cuando empezó a tener junto a él compañeros a los que les fue dando los Ejercicios, y así, les fue comunicando un modo específico de ser.

La espiritualidad ignaciana, la ignacianidad, nace pues como un carisma laical, descubierto por un laico y con una metodología —los Ejercicios— que fueron concebidos desde esta perspectiva. Sólo pasados muchos años y muchas experiencias, los compañeros deciden constituir la Compañía de Jesús, en donde se plasma la espiritualidad ignaciana cuando ésta se hace congregación religiosa. Pero el origen del carisma ignaciano es laical: en Manresa, en 1522, vivió Ignacio la experiencia espiritual más fuerte (la misma que luego plasma como "método" en los Ejercicios Espirituales), y sólo hasta 1534, en Montmartre (París) hace votos religiosos: es decir, durante más de

diez años vivió su espiritualidad como laico. La Compañía de Jesús da un modelo de cómo se hace cuerpo un carisma, pero no lo agota, por principio. El carisma ignaciano puede ser vivido —y es vivido— en personas y en instituciones no jesuitas, con pleno derecho.

Estas afirmaciones toman fuerza si miramos detenidamente la historia de Ignacio. Precisamente esta es la justificación de por qué a la par de estas introducciones a la espiritualidad ignaciana, vamos a ir desgranando la historia de esta espiritualidad a través de la experiencia de Ignacio y de la Compañía de Jesús.

### **3.- La espiritualidad ignaciana, fuente común para jesuitas y laicos**

El P. Peter-Hans Kolvenbach sj, Superior General de la Compañía de Jesús, en una alocución que tuvo a las personas ligadas a la espiritualidad en la Iglesia de *Santo Antonio de Barra* (Salvador, Bahía, Brasil) el 4 de octubre de 1992, insta a los jesuitas diciéndoles: “Aquí deseo hacer un llamado especial a mis compañeros jesuitas: les exhorto a compartir generosamente con otros su herencia espiritual. Se trata de la voluntad decidida, del profundo y contagiante deseo de comunicar las riquezas de nuestra espiritualidad, por medio de los Ejercicios Espirituales, las Comunidades de Vida Cristiana, del Apostolado de la Oración...”.

¿Cuál puede ser nuestra contribución como jesuitas en la formación de los cristianos que desean cumplir fielmente su misión de testigos de la fe en la Iglesia y el mundo de hoy?, se pregunta el P. Kolvenbach. Tres son los campos que especifica de ayuda: en el campo de la educación de la fe, en el campo del análisis de la realidad, y en el campo de la espiritualidad. Refiriéndose a este último campo, dice: “Tenemos que ayudarles a profundizar su experiencia de Dios en Jesucristo, sin la cual todos los conocimientos teológicos y técnicas pastorales carecen de sentido y de eficacia apostólica. Para esta tarea fundamental, nosotros, los miembros de la Compañía de Jesús disponemos de un instrumento de incomparable valor, la espiritualidad ignaciana”.

Más adelante sigue afirmando que la Compañía de Jesús es una de las expresiones de la espiritualidad ignaciana, sin duda, su fruto más acabado en cuanto cuerpo apostólico y presbiteral, ideado y constituido por Ignacio para servir a Cristo y a su Iglesia según la visión y carisma específico. Pero, como añade, él escribió una gran parte de los Ejercicios Espirituales cuando todavía no había sido ordenado sacerdote y cuando no pensaba ser el fundador de una Orden religiosa. Como laico, durante años, compartió su experiencia con personas de toda condición y continuó haciéndolo hasta el fin de su vida. Concluye este apartado afirmando: "La enseñanza espiritual de San Ignacio no es esotérica; es un don dado a la Iglesia, un don, definitivamente, del Espíritu del Señor, para ser ofrecido y compartido con todos los miembros del Pueblo de Dios".

#### **4.- La oferta de la espiritualidad ignaciana para los laicos y laicas**

"¿Qué les puede ofrecer la espiritualidad ignaciana a ustedes, hombres y mujeres plenamente insertos en el mundo de hoy con sus contrastes y conflictos? ¿De dónde les viene el interés por este método peculiar de introducir a los fieles a la experiencia del Espíritu de Dios? ¿Qué atracción ejercen las Comunidades de Vida Cristiana y otras estructuras apostólicas promovidas por la Compañía?", son preguntas que se hace el P. Kolvenbach en la carta citada. A continuación describe las ofertas que nos brinda la espiritualidad ignaciana.

##### **a) La oferta de la oración ignaciana**

La insatisfacción con el ritmo frenético de vida de las ciudades modernas, con un mundo impregnado del espíritu materialista en el cual se habla sobre todo del dinero, de los problemas del trabajo, de diversiones y espectáculos superficiales, lleva a muchos de nuestros contemporáneos a buscar una espiritualidad, el recogimiento de la oración, algo que ayude a trascender la agitación y monotonía de lo cotidiano, dando un sentido a su existencia. Pero no siempre las respuestas a estas aspiraciones, tanto dentro como fuera de ambientes cristianos, presentan las características esenciales del Espíritu y de la ora-

ción cristiana. Pueden llevar a una evasión de la realidad, del compromiso con la liberación de hermanos y hermanas, propio de aquel que se hizo Dios-con-nosotros para comunicarnos la plenitud de su propia vida. A veces se trata de buscar una satisfacción subjetiva más que un empeño generoso por los otros.

En la oración ignaciana buscamos, por el contrario, como Cristo, la intimidad con Dios centrada en el deseo de hacer su voluntad, de agradarle y servirle. Una intimidad con Dios garantizada por las obras, porque está orientada al servicio. Esta oración nos lleva a “estar atentos a Dios”, a “estar abiertos a sus llamados”, a estar “desprendidos de nuestro propio querer, amor e interés” para dejar que el Espíritu nos guíe según la voluntad de Dios.

#### b) La oferta del discernimiento

Además de la orientación práctica de la oración ignaciana, otro rasgo característico, y hoy bien conocido, de esta espiritualidad es el “discernimiento”. ¿Cómo descubrir lo que Dios pide de nosotros, sea en relación a las orientaciones fundamentales de nuestra vida, sea en relación a las decisiones de cada día? La necesidad de criterios espirituales que fundamenten nuestras opciones se hace todavía más urgente en un mundo en rápido cambio, en que constantemente nos encontramos delante de nuevas situaciones personales, familiares, profesionales, políticas, pastorales, que exigen una decisión. Lo mismo se dice con relación al creciente pluralismo, a la diversidad de ideas, de tendencias, de problemas nuevos que surgen en el ámbito de la misma Iglesia o de la sociedad y exigen una toma de posición.

El discernimiento ignaciano ofrece métodos seguros para integrar, en nuestras decisiones, la oración con el análisis cuidadoso de las alternativas respecto a problemas personales y sociales; la reflexión teológica con los elementos de nuestra experiencia espiritual; la sensibilidad al Espíritu de Dios con el conocimiento de los caminos humanos. Se trata no tanto de un proceso para momentos particulares, como de una actitud permanente de libertad interior, familiaridad con Dios y atención a las llamadas que Él nos hace desde dentro de la realidad y

de nuestras ocupaciones y luchas de cada día. Para el laico, llamado a transformar la realidad y las estructuras sociales del mundo en que vive con el Espíritu del Evangelio, así como a aconsejar y orientar otros hombres y mujeres sobre sus problemas, el discernimiento constituye una fuente fecunda de claridad.

#### c) La oferta de una estructura comunitaria

En nuestra sociedad secularizada no es fácil mantener con perseverancia una actitud radicalmente evangélica, sin el apoyo de otros y otras que comparten la misma fe y el mismo espíritu. La participación en un grupo eclesial, sobre todo si está animado por la misma espiritualidad ignaciana, como sucede en las Comunidades de Vida Cristiana (CVX), es muy importante para reforzar a cada uno de nosotros en nuestra postura cristiana, para resistir así a la presión del ambiente, a las críticas o las tentaciones que surgen contra nuestras actitudes evangélicas. Además del estímulo de amistad y de ejemplo, los compañeros y compañeras de comunidad se ayudan por medio del "discernimiento comunitario". Esto es particularmente importante ante las nuevas perspectivas que se abren para el compromiso apostólico o la vida personal y profesional de sus miembros, y cuando vienen crisis en la vida de cada uno o del grupo.

#### d) Una espiritualidad para vivirla en Iglesia y para el mundo

Somos miembros de la Iglesia. Nuestros grupos deben ser conscientes de su unión profunda con la Iglesia y su misión, en el Espíritu de Cristo. Nuestra inserción en la comunidad y el apoyo que ésta nos da, son una concretización de nuestra pertenencia a la Iglesia. Como el Padre envió al Hijo para liberar y salvar al mundo, Cristo nos envía, como Iglesia y, a través de ella, a nuestros hermanos y hermanas en el mundo de hoy.

San Ignacio nos sugiere que contemplemos y vivamos el misterio de la Encarnación en la perspectiva de María, aquella que supo colaborar más que nadie con la misión redentora de su Hijo. Que ella nos inspire con su fe, su disponibilidad y su amor, para dedicar nuestras vidas con renovado ardor y discernimiento a la tarea de la nueva evangelización.



## **5.- Para concluir...**

Para terminar, quisiera presentarles un perfil de “persona ignaciana”, que se puede aplicar tanto a los jesuitas como a los laicos y laicas que queremos vivir conjuntamente, pero no confusamente, este camino. Lo retomo de una publicación de la CPAL (Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina), que se titula “Colaboración con los laicos en la Misión”, y cuya redacción fue a cargo de María Clara L. Bingemer y Francisco Ivern sj., responsables en la CPAL de la coordinación del sector apostólico “colaboración con los laicos”.

### Perfil de los laicos con quienes se desea colaborar y a quienes se quiere formar

Desde el punto de vista humano y religioso, deberían ser personas:

- capaces de convivir con la realidad que las circunda y, al mismo tiempo,
- inquietas e insatisfechas con ella y deseosas de transformarla;
- con grandes deseos y amplios horizontes;
- que tienen una fe viva en Dios y están siempre dispuestas a escuchar Su palabra;
- que desean crecer en el conocimiento y relación con Jesucristo para, a partir de ahí, reorientar su vida;
- humildes y capaces de reconocerse pecadoras;
- abiertas a las necesidades de los demás y dispuestas a servir y colaborar siempre que sea necesario;
- adultas o jóvenes, pero maduras, estables y perseverantes;
- que tengan consistencia y “materia prima”, o como diría Ignacio, “sujeto” (EE. 15, 2; 18,8) para rezar, estudiar, reflexionar y dejarse transformar por la experiencia;
- con capacidad para ser agentes multiplicadores del Reino de Dios.